

LA FERTILIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

10 CTS. DOMINGO 27 DE OCTUBRE DE 1850. N.º 120.

TEATRO PRINCIPAL.

Ha tenido durante algunos dias tantas alternativas la cuestion del teatro Principal, es decir, la de si ha de venir ó no la compañía de verso de Sevilla, que muchos dudan de que se resuelva favorablemente á Cádiz, apesar de las buenas noticias que hoy corren. Hemos procurado enterarnos por buen conducto del verdadero estado del negocio, y hemos sabido que la empresa, para cubrir el espediente y dar cumplimiento al reglamento de teatros, dejará en el Principal de aquella ciudad una compañía endeble, y traerá á Cádiz la de la señora Valero y Guerra, que con tanto aplauso han trabajado siempre en todos los teatros del reino. Si es que ha tomado el Principal de Cádiz la empresa de Sevilla, como nos han asegurado, no será ya una compañía de prestado la que trabaje en este coliseo, pues entónces lo mismo podrá denominarse empresa de Cádiz que de Sevilla, la que hasta ahora solo era de esta última ciudad. De este modo no estaremos espuestos á que se ejecuten aquí unas cuantas funciones, sino las que correspondan á la temporada de invierno, concluida la cual comenzarán las líricas por la compañía que tan gratos recuerdos ha dejado en esta ciudad.

Segun nos han afirmado personas bien informadas, debe llegar mañana mismo la compañía de verso, y dar principio á sus trabajos en el inmediato sábado ó en el próximo domingo. Hasta ahora no sabemos cuál será el gracioso: se habla con mucha variedad; pero parece lo mas probable venga Capo, á quien se le han hecho ventajosas proposiciones. Tambien para ayudar al señor Guerra será ajustado el señor Rodés, actor que durante la temporada anterior supo grangearse la estimacion de los gaditanos.

Tan luego como comience sus tareas la compañía, haremos nuestro juicio crítico, así de las composiciones nuevas, como de los actores que la compongan.

El muerto vivo.

Repetidas veces se ha ejecutado en el Balon la nueva opereta cómica titulada *El muerto vivo*, cuya letra es de nuestro apreciable amigo el señor Beno, y cuya música está compuesta por el aventajado profesor don Manuel Gil, conocido ya en Cádiz por algunas y buenas composiciones de otro género. Las dos primeras veces que se puso aquella en escena, fueron á ella llamados los actores en medio de los aplausos de los espectadores, quie-

nes recompensaban de esta suerte á los dos jóvenes gaditanos por sus talentos y laboriosidad.

Seria injusto juzgar con todo rigor el libreto del señor Beno; este aplicado joven no se ha propuesto, al escribir *El muerto vivo*, componer un drama, ni una comedia, sino un libreto de una opereta, y en este concepto lo que sería una falta en una comedia es aquí disculpable. Además, está por lo general bastante bien versificada, y se encuentran algunas situaciones cómicas. Teniendo motivos para conocer y apreciar las buenas disposiciones del señor Beno para todos los estudios profundos, se nos figura que no es en la zarzuela donde mas han de lucir sus talentos y sus buenos estudios, que tan provechosos pueden serle en otro género mas levantado. Así no es extraño que oscaseen los chistes y las sales propios de una imaginacion viva y ligera, que no suelen por lo comun avenirse bien con los estudios serios y profundos de nuestro distinguido amigo. Aconsejámosle con toda la franqueza hija de la verdadera amistad, que se dedique al género dramático, del que hemos visto muy buenos ensayos suyos, mas bien que á la zarzuela, en la cual no le estará reservado el lugar que puede tal vez ocupar, bien en el drama bien en la tragedia.

En cuanto á la música poco podemos decir despues de lo que ha manifestado con tanto acierto el *Contribuyente*. Indudablemente está revelando á cada paso la opereta los conocimientos profundos que del arte ha hecho el distinguido profesor. Hay piezas de muy buen efecto, entre ellas la llamada del zapateado, en donde tan bien observadas están las reglas del contrapunto. Otras hay de gusto, especialmente en el segundo acto,

que por lo general agradó mas que el primero. A la instrumentacion nada hubo que pedirle. La orquesta compuesta en su mayor parte de los individuos de la Sociedad filarmónica, y dirigida por el gran veterano el señor don Bernardo Darhan, estaba brillante, y contribuyó poderosamente al buen éxito de la opereta. La ejecucion por parte de los actores fué mucho mejor de lo que era de esperar.

Jenny Lind.

La *Crónica* de Nueva-York publica los siguientes pormenores sobre la permanencia en los Estados- Unidos de la célebre cantatriz sueca:

«En la tarde del martes 24 salió de esta ciudad para Boston Jenny Lind, acompañada de Mr. Barnum y de los profesores de música y canto que componen su séquito. Los muelles inmediatos al atracadero del vapor *Empire State* en que debía embarcarse, se llenaron, mucho antes de la hora de embarcarse, de gente ociosa que quiso presenciar la salida de aquella notabilidad artistica. Cuando esta bajó del carruage que la conujo al muelle, la multitud la recibió con un grito general de aplausos en forma de *hurrahs* y gritos descomunales hasta que el vapor se hubo alejado del muelle. Jenny Lind contestó á estas demostraciones con la sencillez que caracteriza todas sus acciones, y desde la cubierta, cuando el vapor habia arrancado del punto de partida, agitaba al aire su pañuelo hasta que se perdió de vista. Las ascenas y el aspecto de los muelles fueron los mismos que á su entrada en esta ciudad. No se puede negar que Mr. Barnum sabe hacer bien las cosas.... para sí.

Los directores de una de las líneas de vapores del rio Hudson pusieron á disposicion de Jenny Lind el hermoso vapor *Empire State*, y le prepararon en él alojamiento cómodo y lujoso, adornando su camarote y

los salones de popa con flores y banderas americanas y suecas. La cena que se sirvió á bordo fué abundante y bien sazónada.

Ademas de los donativos que Jenny Lind hizo en esta ciudad con diez mil pesos que le correspondieron á ella como mitad del producto liquido de su primer concierto, se habla de varias asignaciones que hizo privadamente para fines filantrópicos. El último de estos actos de beneficencia, que tanta fama le han valido, fué el de remitir, una hora antes de salir para Boston, mil pesos al pueblo de Chicago, en las márgenes del lago Michigan, para la conclusion de una iglesia episcopal que habia principiado á erigir una congregacion de personas de origen sueco.

Nuestros vecinos de Boston han dejado muy atras á las notabilidades de Nueva-York en el remate de los billetes para el primer concierto de la célebre cantatriz. El primer asiento obtuvo el exorbitante precio de *seiscientos veinticinco pesos*; el segundo se remató por 24 pesos; varios á 16 pesos y á 14 pesos, y el resto en escala atenuante. Los asientos mas baratos para el primer concierto han sido rematados á 4½ pesos. El teatro en que ha de cantar solo contiene 2.560 asientos.

Escrito lo que precede se ha recibido la noticia de la llegada de Jenny Lind á Boston, ayer jueves, á las diez y media de la mañana. En el parador del camino de hierro la esperaba un gentío inmenso, y al frente de la posada de *Tremont*, donde se figuraban todos que pararía, se reunió tanta gente como en esta ciudad al frente de *Ivory House* en circunstancias idénticas, con la diferencia de que al tiempo en que hacia su entrada triunfal en la ciudad de las *naciones* el ruiseñor sueco, las nubes parece que quisieron pagar su tributo de admiracion, y mandaron á su representante la *Lluvia* con plenos poderes para dar la bienvenida á tan distinguida huésped.

Esta vez los curiosos pagaron bien caro el prurito de verlo todo, y no fueron pocos los que regresaron mohinos á casa sin haber visto el objeto de su curiosidad, y para complemento de calamidades, próximos á ahogarse en el agua que los habia calado. Los que se pusieron al frente de *Tremont-House*, fueron víctimas de un cruel desengaño, pues

apenas hubo escampado un poco cuando llegó un emisario que les informó de que la esperada notabilidad habia tomado alojamiento en la posada *Revere*.

Muchos de los que la recibieron en el parador del camino de hierro, la siguieron hasta la posada en donde paró; otros se reunieron en el tránsito, de modo que en pocos momentos el número se habia multiplicado de una manera admirable.

Reunidos al rededor de la posada prorumpieron en aclamaciones y gritos descompasados, hasta que Jenny Lind salió al balcón y saludó al pueblo con su pañuelo, de la manera que acostumbra. Por la noche debia quemarse al frente de la posada, para festejar á la recién llegada, una cantidad considerable de fuegos artificiales, pero á causa de la humedad se difirió el entretenimiento para esta noche.

El primer concierto de Jenny Lind en Boston, en un salon que apenas contiene 2.500 personas, se cree que producirá mas de 25.000 pesos. Los que remataron los asientos mas baratos están haciendo un buen negocio, si es cierto lo que dicen que con facilidad los venden á 25 pesos. Cualquiera seria capaz en vista de esta noveleria, de confundir la curiosidad, que no es otra cosa, con el entusiasmo.

Un médico célebre holandés, el doctor Vanslebten, que hacia algunos años que estaba en Londres, pasando por una plaza llamada Grosvenor-square, se paró á mirar á un charlatan que en una soberbia carretela de cuatro caballos con varios criados magníficamente ataviados, atraía á una multitud inmensa y hacia una distribucion enorme de sus drogas. Averiguó dónde vivia, y le mandó un recado rogándole que fuera á su casa el dia siguiente: el charlatan fué puntual.

—Caballero, le dijo el doctor, le oí á usted anunciar ayer públicamente que tenia usted remedios eficaces para toda clase de enfermedades: ¿tiene usted alguno para la curiosidad? Ayer le miré á usted atentamente y creí haberle visto en otra ocasion, mas no puedo recordar dónde.

—Me sería fácil satisfacer á usted. He servido muchos años en casa de milady Waller, á quien usted visitaba con frecuencia. Yo era su primer lacayo, y usted me vió infinitas veces en su antesala. Sali de allí hace tres años para ejercer el oficio á que, como usted vé, me he dedicado.

—Cada vez escita usted mas mi curiosidad. ¿Cómo es posible que talentos adquiridos en tres años le hayan procurado á usted los medios de sostener la posicion brillante en que parece hallarse, mientras que yo, ejerciendo mi profesion hace cuarenta años con la mayor aplicacion, y aun me atrevo á decir que con alguna celebridad, apenas puedo sostener mi modesta posicion?

—Caballero, para que pueda yo responder directamente á su pregunta, me permitirá usted que le haga antes otras dos.

—Con mucho gusto.

—Usted vive en una de las calles mas frecuentes de Lóndres. ¿Cuántas personas cree usted pasen diariamente por ella?

—Difícil será decirlo; pero, por un cálculo aproximativo, serán unas 10.000 personas.

—Acepto ese cálculo como un dato positivo. Y de esas 10.000 personas, ¿cuántas cree usted que habrá de talentos?

—Habrá 100, todo lo mas.

—Pues bien, doctor, acaba usted de contestar á su propia pregunta. Las 100 personas de talento constituyen su clientela de usted, y las otras 9,900 la mia.

Funeral de la reina de los belgas.

De la *Emanicipacion de Bruselas* tomamos la siguiente carta:

Ostende 16 de octubre.

«El carro fúnebre que debía trasladar los restos mortales de la reina llegó ayer á las seis de la mañana. Este carro de forma de un coche cerrado está cubierto de paño negro galoneado de oro, bordada en medio, de plata, la cifra de la reina.

En los cuatro costados aparece bordado el leon belga con la siguiente inscripcion: «Obiit 11 octobris 1850.»

El carro fúnebre vá colocado entre cuatro carruages cubiertos enteramente de paño negro.

La caja mortuoria contiene la siguiente inscripcion: «S. M. Luisa-Maria-Teresa-Carolina de Orleans, reina de los belgas, nacida en Palermo el 5 de abril de 1812, y muerta en Ostende el 11 de octubre de 1850.»

A las siete de la mañana el obispo de Bruges asistido del vicario general y del cura de Ostende, dijo la misa en la capilla ardiente en presencia de los restos mortales de la reina. Asistieron á esta ceremonia el rey, la reina Maria Amalia, la princesa Clementina de Sajonia Coburgo, el duque de Brabanto, el conde de Flandes, la princesa Carlota, el duque de Nemours, el principe de Joinville, el duque d'Aumale, el principe Augusto de Sajonia Coburgo, las damas de honor de la reina y los oficiales de palacio.

A las ocho seis coches de palacio condujeron á la familia real á la estacion del camino de hierro; la cual partió para Laecken por un convoy especial, quedándose el principe Augusto de Sajonia Coburgo para acompañar los restos mortales de la reina.

La tropa y la guardia civica estaba formada en la carrera, y el cañon de las murallas retumbaba de cinco en cinco minutos, y las campanas dolaban á muerto.

A las diez se puso en marcha la comitiva en el orden siguiente:

Un batallon del 7.^o de línea con los tambores enlutados y las armas á la funerala.

Una sociedad musical, con sus instrumentos y banderas cubiertos con un crespon.

La sociedad de San-Sebastian de Ostende con sus insignias.

Los hermanos de armas del imperio.

Los pescadores de Ostende de luto con banderas negras en las manos.

Las diputaciones de diversas sociedades de la provincia.

La guardia civica, un batallon del 7.^o de línea, el clero de Ostende, el obispo de Bruges y sus asesores, y el vicario general y el decano Coninck.

El carro fúnebre tirado por seis caballos de las caballerizas reales.

S. A. R. el Duque Augusto de Sajonia Coburgo.

Los señores Van Hoorebeke y Brialmont, ministro de la guerra y obras públicas, el

baron de Riere y gobernador de la Flandes occidental, el teniente general Coblet, el cónsul de Inglaterra, el conde Vanderbuch oficial de decretos del rey, Mr. Serruys, burgomaestre, y Van Isoghem, representante de Ostende, las damas de honor de la reina, el coronel Rosaluni, comandante de la plaza, &c.

Los coches de palacio.

Otro batallón del 7.º de línea que cerraba la marcha.

La comitiva marchó despacio al sonido de las cajas destempladas á la estación del camino de hierro. Al pasar el carro corrían las lágrimas de los ojos de los asistentes, que se inclinaban respetuosamente delante de la caja. El dolor era universal.

La artillería de la guardia cívica y la tropa de línea que se encontraba formada delante de la estación del camino de hierro hizo los honores militares.

A las diez y veinte minutos el convoy entraba en la estación. El obispo de Bruges bendijo los restos mortales de la reina, colocándose la caja que los contenía en el carro fúnebre.

Inmediatamente despues subieron al convoy el príncipe Augusto de Sajonia Coburgo, los ministros de la guerra y obras públicas, el obispo de Bruges, las damas de la reina, &c. &c.

El cañón dió la señal de partir. A las 12 menos cuarto el convoy fúnebre llegó á Bruges, en cuya estación se encontraban formados en batalla la guardia cívica, los cazadores, el 7.º de línea y un escuadrón de cocareros. El obispo de Bruges dijo las oraciones de costumbre, y el convoy siguió su marcha.

Rectificación de una noticia.

La Fama de Milan del día 10 de octubre consagra, en la sección de noticias teatrales, un párrafo á Cádiz, es decir, á la compañía lírica que ha trabajado últimamente en esta ciudad, y aun cuando asegura ha sido muy aplaudida la señora Rossi-Caccia, pone á la

misma altura á casi todos los demas cantantes de la compañía, lo cual indica que el corresponsal de *La Fama* debe ser muy amigo de los cantantes medianos, y aun supone que en la *Gemma* y en el *Nabuco* ha sido igualmente *aplaudidísima* la señora Solera. Esta artista es sumamente apreciable, tanto por sus buenas prendas como por su buen método de canto. Nosotros hemos sido los primeros en ologiarla hasta donde se merece: pero tratar de hacer creer fuera de aquí que en Cádiz la han juzgado al igual á la señora Rossi-Caccia, es uno de aquellos disparates á que nadie puede dar crédito, y que mas bien perjudican que favorecen á la señora Solera. Sepa *La Fama* que le ha enterado algo mal su corresponsal de Cádiz acerca de la compañía lírica que trabaja hoy en Sevilla; y sepa tambien que el pueblo de Cádiz, justo apreciador del verdadero mérito, ha hecho de la señora Rossi una distincion particular, dándola señaladas muestras de ello, muestras que no ha recibido ninguno de sus compañeros; sin que por esto dejen de valer en otra línea.

Dígalo sino la ovacion de despedida que tuvo há poco en Cádiz aquella distinguida cantante, ovacion unánime y espontánea, y no de las que suelen fingir media docena de amigos.

Cádiz se va.

Se ha repartido en la última semana un anuncio impreso que dice lo siguiente:

«*Compañía inglesa, calle Ancha, número 68.*—Estando muy próxima la marcha de esta ciudad, se está desempaquetando *la última remesa* de pañuelos de seda.»

De forma que la marcha de Cádiz está muy próxima. Quien sabe á donde iremos á parar con nuestros huesos. Los autores de este anuncio han leído, sin duda, en una de las obras de Dumas que Cádiz parece un navio próximo á dar la vela, y han dicho para sus adentros. «Con los vientos fuertes y con los temporales que están reinando en este otoño, Cádiz se vá el dia menos pensado. Bueno es advertirlo al vecindario para que se prepare comprando pañuelos con que enjugar las lágrimas en el instante de la partida.»

LA AUSENCIA.

Diz que en tiempo que pasó
una reina de Navarra,
cuyo nombre se olvidó
pues la historia no lo narra
ó no lo he encontrado yo,

Pesarosa de la ausencia
del rey, su amado consorte,
á los de la gaya ciencia
de su reino, en competencia
hizo llamar á la corte.

Solicitos acudieron
en razon de quien los llama,
que ademas de reina, es dama;
y en el palacio se vieron
cien trovadores de fama.

Y en son de juego floral
la reina haciendo de juez,
que es de un ingenio especial,
con la mayor lucidez
instalóse el tribunal.

Era de linda persona,
de continente gentil,
y tal su gracia la abona,

que fuera reina entro mil
sin la prez de su corona.

Juntaba á tal gentileza
lo noble del corazon,
que hace mejor la belleza;
del corazon la nobleza
es la mayor perfeccion.

Por eso los trovadores
admirados la rendian,
de su entusiasmo las flores,
y en sus cantos y loores
era el númen que tenían.

—En su trono colocada
y el concurso en ella fijo,
la justa fué principiada
por señora tan amada,
que rompió el silencio y dijo:

«Por premio daré esta flor
al que muestre en gaya ciencia,
cual en los lances de amor
es un tormento mayor
la ingratitud ó la ausencia?»

Apenas hubo acabado,
de entre aquella multitud
se alzó un mancebo alentado
que con el rostro alterado
respondió: «la ingratitud.»

Y lo pruebo; la distancia
el mal de la ausencia entibia:
mata el lejos la constancia
del amor, cual la fragancia
de las flores que la entibia.

La ausencia es dolor cruel,
es un grave desconsuelo,
es al fuego echarlo yelo;
pero dolor que hay en él
el germen de su consuelo.

Mas la ingratitud tirana
hiere al pecho de tal suerte
que en la herida va la muerte,

sin que á su accion inhumana
resista el pecho mas fuerte.

Amar con fuego acendrado,
adorar á una muger,
un esclavo de ella ser,
y mirarse despreciado
y tenerla que perder,

¿No es ver la luz y quedar
instantáneamente ciego?
¿no es en llamas espirar?
¿qué tormento é este de fuego
ha de poderse igualar?

No hay ninguno en el amor
que sufra su competencia;
demostrando, que en rigor
la ingratitud, no la ausencia,
es el tormento mayor.»

Cien aplausos resonaron
en aquel espacio augusto,
y como todos callaron
los presentes opinaron
que darle el premio era justo.

La reina al vate llamó
para cumplir lo ofrecido,
cuando otro se levantó
y como de un rayo herido
de aquesta manera habló:

«No ingratitud, es la ausencia
el grande, el peor tormento,
en alma que la vehemencia
posea del sentimiento
del amor por excelencia.

Si ingratitud inclemente
destroza un amante pecho,
tambien es claro, evidente,
que á su víctima consiente
usar del propio derecho.

Mas en la ausencia cruel
de amantes que bien se quieren,
cuanto mas su amor sea fiel,

tanto mas sufren y mueren
y prueban la acerva hiel.

¿Cómo dejar de adorar
á quien deveras se ama?
¿y cómo matar la llama
que al pretenderla alejar
mas el deseo la inflama?

Amar con amor pagado,
adorar á una muger
de quien se encuentra uno amado,
y uunca poderla ver
y hallarse de ella apartado,

¿No es estremado rigor
que no admite competencia?
Es cierto: así en el amor
no ingratitud, sí la ausencia
es el tormento mayor.»

La reina como probaba
de la ausencia los rigores,
sin oir lo que fallaba
la tropa de trovadores,
entregó el premio al que hablaba.

EL SOLITARIO.

Miscelánea.

LAS ESPUELAS DE PADILLA.—Dicen de Zamora:

«Ha estado llamando la atencion en los primeros dias del mes pasado en casa del señor don Antonio Alvarez de Sotomayor, comandante de carabineros de esta provincia, un objeto, que por los recuerdos que su viste escita y por su antigüedad, es digno del aprecio de todo hombre amante de las glorias de su pais; el objeto que tanto ha llamado la atencion, repito, es un par de espuelas de colosales dimensiones y rara construccion, que segun datos y documentos que lo patentizan, pertenecieron al malogrado y esforzado caballero don Juan Padilla, gefe que fué de los comuneros y que murió de-

capitado en el pueblo de Villalar, despues de haberse batido como un héroe en 1521. Estas espuelas que dicho señor comandante ha conseguido á fuerza de trabajos, no obstante haberlas pagado á un exorbitante precio á un propietario de Villalar, en cuya casa se han conservado desde la muerte del ilustre conuenero, son de hierro. Su dimension, incluso los rayos de la rueda, es de 16 pulgadas, y el peso de cada una es de mas de dos libras. El trabajo de ellas es esbelto y sencillo en algunas partes y cargado en otras. En fin, las espuelas del valeroso caudillo toledano son dignas de una especial estimacion.»

=====

EL DUQUE Y EL CENTINELA.—El actual duque de Brunswick refiere el mismo con mucha gracia, la siguiente anecdota. Dispuse, poco despues de mi advenimiento al trono de mis mayores, una batida para reunir á mis principales palaciegos en ella; con antelacion á nuestra salida se mandó un regimiento, compuesto en su mayor parte de quintos, para dar el servicio. El dia despues de nuestra llegada me sali á pasear por la mañana temprano acompañado por dos lebreles que me gustaban mucho. Al salir por una de las puertas del parque observé que el centinela habia arrimado su fusil á la garganta y estaba almorzando con mucho desenfado: mis perros que habian olfateado el almuerzo, rodearon á mi hombre y no lo dejaban parar á saltos y brinco; me acerqué, y dándole los buenos dias le pregunté: «¿Qué se come, amigo?—Adivinad, me contestó.»—Como yo habia observado que los perros se habian apercebido antes que yo de la clase de desayuno del centinela, y á mí me lo parecia, le repliqué: «¿Comeis morcilla?—No, contesté con la boca llena: pues entónces, dijo, ¿será chorizo?—No, mucho mejor.—Pues entónces es longaniza.—Si, si, eso es, y siguió comiendo.—Traté de continuar mi paseo y llamé á mis perros, que por primera vez me desobedecieron, pues con la flema característica alemana, mi soldado seguia almorzando sin cuidarse de mí en nada: tomé mi partido y me decidí á volverme solo á palacio. Conforme he andado algunos pasos, el centinela á su vez me interrogo diciendo.—Amigo, ¿os que tan curioso pare-

ceis ¿quién sois?—Adivina, le dije.—¿Sereis.... sereis.... algun cazador de los que vienen con el monarca?—No, algo mas.—¿Sereis alguno de sus pages?—No, todavia mas.—Mas.... y despues de algunos instantes de pausa mientras asombró á los perros que lo asediaban, volvió á decir: pues entónces sois el rey.—Ese mismo soy, le dijo riéndome.—¿De veras? ¿No me engañais?—No, no te engaño, y desabrochando mi vestido de caza lo acabé de convencer de mi aserto: pues entónces, dijo con la mayor imperturbabilidad, tenedme la longaniza mientras os presento las armas que es la consigna que me ha dado el cabo al ponerme de centinela: ¿para qué quieres que me ensucio las manos con tu longaniza? Porque no hay otro remedio para evitar que vuestros perros que no entienden de ceremonias ni consignas, no se la manduquen mientras, y me dejen sin poder acabar de almorzar. Me rei mucho de su ingenuidad y á mi vuelta á palacio pedí del ministro su licencia y lo coloqué de guarda en el real Coto.

=====

Dicen de Barcelona que poco antes de amanecer del dia 15 apareció una luz viva y plateada en el oriente, parecida á una brillante aureola en un principio y luego á los fuegos de una aurora boreal. Este fenómeno, que seria observado por muy pocas personas, atendido la hora en que tuvo lugar, duró únicamente unos cuatro ó cinco minutos. En su estincion, aquel inusitado resplandor adquirió un tinte morado. Ignoranse las causas físicas que producirian semejante luz; aunque algunas personas han creído poder adivinar sus efectos y pronósticos que no serian otros que los de un invierno rigoroso.

No seria por cierto este el primer nuacio de un próximo y excesivo frio, pues son varias las señales que se han visto, algunas de ellas casi infalibles, que han anunciado un prematuro y destemplado invierno.